

CATALINA SIERRA CASASÚS

COMUNICACIÓN PUNTUAL

México, D.F., febrero de 1994

Señor Guillermo Tovar de Teresa

Querido amigo:

Recién salido tu libro *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*, me encontré en él con una nota que dice lo siguiente:

La destrucción del antiguo edificio de la Universidad es uno de los crímenes más destacados contra el patrimonio de nuestra ciudad y de nuestro país; haber demolido este insigne edificio, valioso por lo que significaba en lo histórico y artístico, para convertir el predio en un estacionamiento es inaudito. El autor de la demolición: el ministro de Ins-

trucción Pública y Bellas Artes. (p.98)

Hace algún tiempo, en una comida en casa de nuestro común y gratísimo amigo Fernando Benítez, te comenté que lo que decía esa nota de tu libro no era cierto, y te expliqué que habían sido otros los acontecimientos.

El edificio al cual te refieres estaba en el año de 1909 ocupado por la Escuela Nacional de Música. Un grupo de maestros y alumnos se acercó entonces al ministro de Educación Pública —Don Justo Sierra— para que cambiara la escuela a otro local, pues el edificio se estaba cayendo y peligraban sus vidas.

Don Justo llamó a un grupo de distinguidos arquitectos a fin de que realizaran un dictamen resultante de un cuidadoso estudio del inmueble.

Todos estuvieron de acuerdo en que se tenía que demoler el edificio,

para después volverlo a construir. Se demolió pues, y se numeraron las piedras, con objeto de reconstruirlo después exactamente como era. Las piedras, así, quedaron listas para la reconstrucción.

Cuando ésta iba a emprenderse, vino la Revolución de 1910 y todo quedó suspendido.

Justo Sierra renunció al cargo de ministro en los últimos días de noviembre; su renuncia le fue aceptada hasta el 24 de marzo de 1911.

Tú me aseguraste que cualquier dato que apoyara mi historia, te lo hiciera saber para que rectificaras inmediatamente tu nota.

El primer dato en que me apoyo se encuentra en el famoso discurso de Don Justo Sierra al inaugurar la Universidad Nacional, discurso calificado por la posteridad como una de las piezas de oratoria más completas, que da una visión del pensamiento cultural mexicano; ahí él nos dice:

Si nuestra Universidad Nacional no tiene abuelos tiene precursores: el gremio y el claustro de la Real y Pontificia Universidad de México, que no es para nosotros



Juan O'Gorman pintando en su estudio.

el antepasado, es el pasado. Pero la Universidad mexicana, rodeada de la muralla de China por el Consejo de Indias elevada entre las colonias americanas y el exterior; extraña casi por completo a la formidable remoción de corrientes intelectuales que fue el Renacimiento; ignorante del magno sismo religioso y social que fue la Reforma, seguía su vida en el estado en que se hallaban un siglo antes las universidades cuatrocientistas. ¿Qué iba a hacer? El tiempo no corría para ella, estaba emparedada intelectualmente; pero como quería hablar, habló por boca de sus alumnos y maestros, verdaderos milagros de memorismo y de conocimiento de la técnica dialectizante.

Así pasó su primer siglo, ya dueña de amplio y noble edificio que nos hemos visto obligados a derruir para libertarlo de la ruina, cuando daba abrigo a nuestra Escuela Nacional de Música, con ánimo de restaurarlo, en no lejano tiempo, con su característico tipo arquitectónico y las elegancias artísticas de piedra y madera que lo decoraban y que *nosotros guardamos cuidadosamente*.

El segundo dato está en su Informe Presidencial del mes de abril de 1909, donde nos repite:

Ha sido forzoso trasladar el Conservatorio Nacional de Música a edificios de propiedad privada, y proceder a la demolición de parte considerable de la ruinoso propiedad nacional que le estaba destinada; al hacer esa demolición se ha cuidado de salvar los restos del edificio derruido que, por su importancia artística y por haber sido asiento de la antigua Universidad, deben formar parte del que se reconstruya.

Me parece que queda muy claro cuál destino tuvo el edificio de la Pontificia Universidad de México, pues como escribió Agustín Yáñez, fue indiscutible la autoridad moral de Don Justo.

Afectuosamente

C.S.C. ■

ALFREDO E. QUINTERO

LA REALIDAD DESDE EL ÁNGULO DE LAS GUERRILLAS

En un afán de testimonio, *Crónica de los años de fuego* enfoca la realidad desde el ángulo de las guerrillas. Los poemas de Marco Antonio Flores son una compilación de sucesos extra-políticos que datan de la Conquista española hasta nuestros días. La crueldad, el abuso, el asesinato y la impotencia se nos revelan en estas páginas de manera muy exhaustiva. Los paisajes se ven subordinados a la preocupación de Flores por las clases "proletarias": indígenas, obreros y campesinos. Así pues, el lenguaje también presenta un chubasco de indigenismos y modismos que hacen característico el libro, el que además no se interrumpe sino hasta el cuarto de los cinco apartados que lo componen.

Es una poesía valiente y directa que oscila entre versos muy largos y poesía en prosa cortada en verso, en donde la frontera de los géneros literarios queda

rota bajo el pretexto de enmarcar la vivencia, descuidando el oficio.

Un frustado, traidor
e impotente
coronel,
a quien mantenía su mujer...

Y también:

...y que más de cuatro millones y
[medio de
indígenas viven como
extraños en su propia tierra (que
[ya no les pertenece) y
muriéndose de hambre...

Pensando un poco en que la comparación rige a este género literario, el título, *Crónica de los años de fuego*, nos puede remontar a la adolescencia. Sin embargo, no hay metáfora alguna ya que efectivamente se trata de una serie de poemas, a manera de crónica, que describe los años en que el fuego de los "fusiles" masacró, en diferentes épocas y lugares, a un sector humano. En el libro se conjuntan la primera persona del singular y la tercera del plural. Esta última recorre los paisajes en donde las acciones se llevan a cabo con un tono de preocupación que alcanza timbres de protesta. La primera persona se detiene a calificar, más allá de la descripción, lo señalado por la tercera al grado de la ira.

La última sección del poemario (la más lograda) es un juego de palabras que refleja la soledad en sus grados más profundos: la indiferencia, el acostumbrarse a ella y el cansancio por combatirla. En esta parte Marco Antonio Flores se vale del campo semántico de las palabras (desierto, arena, resacos, polvorosa, lento, horizonte, etcétera) para, por medio de las imágenes, hacer la identificación obra-lector. Hecho que logra en este quinto apartado con ritmo y belleza. ■

Marco Antonio Flores: *Crónica de los años de fuego*, Col. El ala del tigre, UNAM, México, 1993. 126 pp.

